

XIV

CORRELACIÓN DE LOS ESTUDIOS

Repaso del plan de estudios elementales.—Habiendo considerado sucesivamente los principales medios de que dispone el maestro para desenvolver y adiestrar las facultades de sus discípulos, convendrá recordar que son: 1º, la enseñanza de las artes mecánicas como la lectura y la escritura y todo lo que enseñe á los niños á ejecutar; 2º, la relativa á hechos, como los geográficos é históricos, que aumenten el caudal de conocimientos útiles; 3º, la del lenguaje, que les da dominio sobre la palabra como medio para pensar y expresarse; 4º, la de las matemáticas, que requieren la aplicación de las leyes del raciocinio en cuanto se refieren al procedimiento deductivo; y 5º, la de las ciencias inductivas, que acostumbran á observar y enseñan á generalizar.

Queda manifestado que todos esos ramos de la enseñanza deben tenerse en cuenta al formar plan de estudios para escuelas elementales. También se han expuesto las razones que hay para creer que después de cierto tiempo se reduce la importancia relativa de los dos primeros grupos de asignaturas, y que en cambio va aumentando la de los tres grupos restantes, que constituyen la mejor parte de la enseñanza. Pero es de advertirse respecto á estos últimos, que para los fines de la enseñanza elemental es más conveniente igualar la impor-

tancia de los tres grupos aludidos que concedérsela á uno cualquiera casi exclusivamente. La máxima *non multa sed multum* parece justificar á los que prefieren que el alumno profundice el estudio de una asignatura ó ramo particular á que adquiera instrucción más general; pero la verdad es que si el discípulo al dejar la escuela sabe un idioma extraño estudiado en comparación con el suyo propio, una asignatura de matemáticas á más de la aritmética y otra de ciencias físico-naturales, está mejor instruído y preparado para recibir los nuevos conocimientos que le proporcione su experiencia en la vida, que el discípulo cuyos estudios se hayan limitado á un solo ramo de las ciencias ó de las artes.

El buen maestro ha de procurar que cada una de las facultades del discípulo halle ocasión para desarrollarse; y sabe que hasta pasado cierto tiempo es imposible determinar con certeza cuál sea la clase de estudios en que prometa sobresalir el alumno. En realidad, no es preciso averiguarlo demasiado pronto. No pocas veces se ha dicho que la perfecta instrucción de un hombre es la que le permite saber algo de muchas cosas diferentes y muchísimo de un solo ramo. Por lo tanto, será prudente formar un plan de estudios bastante comprensivo con tal que haya unidad en él, haciendo que el estudio de ciertos elementos sea obligatorio á todos los alumnos y reservando para los últimos años del período escolar las asignaturas que puedan alternarse ó sean de elección voluntaria. De este modo se prepara un terreno más extenso donde se cultiven mejor las facultades y aptitudes de los discípulos; con lo cual se evita la apatía é indiferencia de algunos, así como la tendencia á dar exagerado valor á los estudios especiales hechos antes de tiempo. Más tarde, cuando el alumno haya de cursar en establecimientos superiores ó dedicarse á otra

cosa, se podrá determinar mejor la dirección en que haya de seguir. Pero al decidir cuestiones de esta naturaleza será del caso tomar en consideración la probabilidad de que los estudios preferidos se asimilen completamente, convirtiéndose en factor útil á los propósitos del discípulo, y la probabilidad de que el interesado ponga verdadero empeño en aprender para lograr su objeto final. El estudio más conveniente es el que induce á mayor esfuerzo voluntario espontáneo, y no aquel en que el estudiante sólo desea salir del paso, aunque para esto proceda con gran diligencia.

Tiempo dedicado á cada clase de estudios.—De lo expuesto sobre la división de la cultura intelectual no se sigue que á cada uno de los tres grupos de asignaturas propias de la escuela elemental se haya de dedicar el mismo espacio de tiempo. Algunos estudios exigen trabajo más asiduo y continuado que otros, si han de producir en la inteligencia del alumno el efecto conveniente. Suponiendo igual cantidad de esfuerzo por parte del maestro en la enseñanza de las ciencias y del lenguaje, los discípulos aprenderán menos de éste que de aquéllas. Una lección de aritmética, por ejemplo, se puede explicar y hacer comprender á los discípulos en menos tiempo que una lección de igual importancia relativa sobre gramática. De ahí que convenga, en general, repartir el tiempo de modo que la mitad corresponda á los estudios de lenguaje, literatura y ejercicios subsidiarios, dedicando la mayor parte de la otra mitad á las matemáticas, y la menor porción á las ciencias experimentales.

Arreglo de muchas asignaturas.—Actualmente suele exigirse la enseñanza de muchas asignaturas en las escuelas elementales, por lo cual debe tener en cuenta el maestro la importancia relativa de cada una y la co-

nexión que exista entre varias de ellas para el mejor aprovechamiento del tiempo y mayor utilidad del trabajo. Por ejemplo, la lengua materna y los demás idiomas constituyen asignaturas análogas, así como también se relacionan la geografía y la historia, la lógica y las matemáticas, la física y la química, la historia natural y la fisiología é higiene. No pudiendo estudiarse por extenso todas las asignaturas, se ha de procurar que las lecciones se refieran á los asuntos cuyo conocimiento sea de mayor interés y utilidad á los estudiantes, aunque para ello sea preciso dedicar menos atención de la que corresponda á las cuestiones secundarias; y de ninguna manera convendrá dividir el día escolar en partes tan pequeñas que resulte sobradamente fraccionado, con perjuicio de la necesaria continuidad de la atención del alumno, pues, de lo contrario, no se lograrán los efectos intelectuales que debe producir el estudio. He de repetir que en todo plan es indispensable la unidad de propósito y el arreglo armónico de las partes que en él queden comprendidas; pero ha de considerarse que en nada se perjudica á la armonía cuando el discípulo deja la aritmética por el álgebra, la geometría por la trigonometría, la botánica por la geología, ó la escritura por el dibujo, porque en cada uno de estos casos hay homogeneidad entre la asignatura que se principia y la ya cursada, y lo aprendido antes se aprovecha en el nuevo estudio. Siempre que los asuntos se correspondan y reclamen la acción de las mismas facultades, pueden sustituirse sin daño.

Convertibilidad de las fuerzas intelectuales.—El desarrollo intelectual, aunque multiforme en sus manifestaciones, viene á ser un solo procedimiento, y las fuerzas mentales no son tan enteramente divisibles en facultades independientes como nos parecen serlo cuando leemos

los libros de psicología. En las ciencias físicas tenemos la teoría de la conservación de la fuerza, y la de la convertibilidad de las fuerzas. Sabemos que el calórico es una forma de movimiento; que cuando se ha logrado la generación de una fuerza, como la electricidad, se la puede convertir en luz, ó sea en otra fuerza, y que, según se dice, la fuerza radiante misma puede convertirse en sonido. Pues á una ley semejanté están sometidas las fuerzas intelectuales. Todo conocimiento bien adquirido resulta luego relacionado con otros muchos conocimientos, y toda clase de facultad mental, una vez puesta en acción y aplicada á un objeto útil, resulta después aprovechable para otros fines y convertible en facultad de otra especie. Sólo que es preciso evocar y poner en acción una verdadera fuerza, potencia ó facultad, y conducir la enseñanza de cada asunto de modo que sirva de estímulo y se ensanche trascendiendo á regiones más allá de su alcance aparente; entonces queda reducida á cuestión de poca importancia la del número de asuntos nominalmente comprendidos en el programa de cada asignatura. Cuando un artista, sobre dominar las dificultades de su arte, posee otros conocimientos que iluminan su inteligencia y le facilitan el ejercicio de la sensibilidad, esto se refleja en sus producciones haciéndolas más acabadas y admirables.

Adaptación del plan á las aptitudes individuales.—

La adaptación del plan de enseñanza á las aficiones y aptitudes de los niños, es asunto que merece estudiarse. Hay quienes se quejan de que á todos los alumnos se les enseña lo mismo, sin atender á sus distintas inclinaciones y facultades. Jorge Combe empleó toda su vida en abogar por su doctrina frenológica, según la cual debían estudiarse las idiosincrasias de los niños para dirigir filosóficamente su educación y enseñanza. Pero, no obstan-

te el entusiasmo y admiración que supo infundir en sus partidarios, no logró que ninguno intentara el experimento formal de clasificar é instruir á los alumnos de una escuela con arreglo á esa teoría. Otros ha habido que propusieran el estudio de los temperamentos, y que á los niños linfáticos, sanguíneos ó nerviosos respectivamente se les diera enseñanza especial y apropiada. Pero no debe hacerse gran caso de semejantes especulaciones; porque, en primer lugar, se corre el peligro de equivocar los signos ó las deducciones al clasificar al alumno, y además, aunque esto se hiciese con acierto, podría adoptarse un plan de enseñanza que no fuera el mejor para el interesado. No es cosa probada todavía, eso de que si el niño tiene una afición ó aptitud particular se deba procurar especialmente el aumento de esa tendencia, ni tampoco lo de que haya de ser siempre oportuno el desarrollo artificial de las facultades deficientes si el niño las tiene desequilibradas. Pero sí conviene observar bien qué clase de ejercicio intelectual es muy dificultoso ó puede perjudicar á cada niño, auxiliando prontamente al que parezca desanimado ó manifieste gran fatiga, y después formar plan adecuado al promedio de facultades de los alumnos de la escuela, para que todos se sometan al mismo. Recordemos que ahora nos es grato y útil haber aprendido en la escuela muchas cosas por las cuales no sentíamos afición marcada y que tal vez se habrían juzgado inconvenientes para nosotros si sólo se hubieran tenido en cuenta nuestras inclinaciones y nuestros gustos no formados todavía.

Instrucción moral.—Hasta ahora nada se ha expuesto en estas lecciones acerca de la instrucción moral, debido á la imposibilidad de coordinar este asunto con los demás explicados. Determinar el número de horas que deban dedicarse á lecciones de moral, ni es fácil ni pue-

de ser indicación de lo mucho en que debe estimarse esta parte de la enseñanza. Dice Arnold que "la conducta es tres cuartas partes de la vida," y la rectitud de proceder es más importante que los conocimientos útiles ó la educación del entendimiento en cualquier otro sentido particular. Pero esto no implica que en la escuela hayan de darse lecciones de ética ó moral que por su número y por el tiempo empleado en ellas correspondan á la importancia del asunto.

Distintas opiniones.—Muchos maestros consideran que la verdadera conducta moral no se logra sino mediante la enseñanza directa, la exposición de fórmulas sobre la fe y el deber, ó lecciones cuyo objeto sea establecer verdades filosófico-morales. Otros profesores, sin rebajar el valor de estas cosas, tienen graves dudas sobre la utilidad de tales enseñanzas en la escuela; porque no les parece bien que en las lecciones de religión principalmente se haya de admitir á los niños la respuesta de que no comprenden, contra lo acostumbrado en las demás asignaturas. Sin detenerme á juzgar acerca de estas opiniones, diré que la conveniencia de dar en la escuela instrucción moral ó religiosa depende en gran parte de la clase de alumnos que se tengan. En un colegio de internos donde el director está enteramente á cargo de toda la educación de los alumnos, ó en una escuela primaria á la cual concurren muchos niños en cuyas casas rara vez se oyen palabras que interesen á la conciencia, claro es que habrá mayor necesidad de suplir lo que no les proporcionan sus padres.

Algunas de las mejores lecciones que podemos aprender no se nos dan por medio de la enseñanza directa, sino incidentalmente ante la conformidad de los actos ajenos con los principios morales. En la escuela se ofrecen muchas ocasiones para esta clase de instrucción; hay

casos de mal comportamiento que tratados de buena manera y con referencia á un verdadero y elevado concepto del deber pueden hacer gran efecto en los alumnos. El maestro no se ha de contentar siempre con aplicar remedios materiales contra las faltas relativas á la moral, sino que de cuando en cuando deberá llamar la atención sobre los principios morales de cuyo acatamiento ó violación tengan ya noticia los discípulos, siendo mejor todavía si de ello tienen experiencia.

Lecciones morales y disciplina escolar.—Todo incidente útil en ese concepto ha de aprovecharse; porque la forma didáctica no es la más á propósito para expresar verdades y máximas morales, de manera que las entiendan los niños y les hagan efecto en su conciencia infantil. Mucho más se logra procurando que siempre vean ejemplos de rectitud, vigilando con cuidado para que menudeen lo menos posible las tentaciones y facilitando las ocasiones para el ejercicio de las virtudes, la veracidad, los rasgos varoniles, el sentimiento de la honra y de la obligación moral. Además, el maestro debe captarse la confianza del discípulo, observar si de ella se vale para auxiliar de algún modo á los demás, y si sólo obedece obligado por la autoridad, ó voluntariamente. También debe fomentarse la virtud del valor, aunque sin exponer ideas abstractas especiales para ello y sí por medio de la disciplina y hábitos escolares. Aristóteles dice que el valor es, en cierto sentido, la primera entre todas las virtudes, porque hace posibles todas las demás, mientras que muchas de ellas no podrían practicarse sin la intervención del valor. La mentira es originada por la cobardía; y la desaplicación, así como casi todas las faltas que más se desea evitar en las escuelas, provienen de que los niños no se atreven á decir *no* cuando quisieran, ni á hacer, en otros casos, lo que su propio juicio les dicta. Considé-

rese lo que puede representar en el mundo el hombre falto de resolución para corregir sus defectos ó ejercitar sus buenas cualidades, y se comprenderá la necesidad de educar al niño de modo que se acostumbre á obrar con ánimo; para lo cual pueden aprovecharse no pocas ocasiones en los ejercicios y disciplina de la escuela.

Enseñanza moral, unida á otras lecciones.—Ha de tenerse presente que de todos los estudios se pueden deducir ó entresacar lecciones morales. Hasta en las asignaturas más sencillas y cuyo principal objeto es adiestrar mecánicamente, hemos visto que el niño aprende á obedecer, á acatar las reglas, á manifestar deferencia hacia los demás y á sujetar su propia voluntad. Cuando se dirigen bien los estudios sobre el lenguaje, constituyen una disciplina moral provechosa, en cuanto fomentan la veracidad, la expresión cuidadosa, la abstinencia de la exageración y la costumbre de discurrir antes de hablar, armonizando mejor el pensamiento con la palabra y con el acto. De igual modo se desprende de las matemáticas valiosa enseñanza moral, en cuanto estas ciencias habitúan á la exactitud, á la atención y á la paciencia. En cuanto á la física y demás estudios que requieren el método inductivo, ya hemos visto que enseñan á no juzgar sin haber reunido los datos necesarios por medio de la observación que conduce al esclarecimiento de la verdad. De la historia dijo Bolingbroke que era “la enseñanza de la filosofía por medio de ejemplos”; pero es, además, la moral enseñada por el mismo medio, pues no hay lecciones más útiles que las de la historia para aprender la significación y alcance de los actos humanos. El historiador puede ofrecernos, por ejemplo, un pasaje en el cual aparezcan juzgados á la ligera ó maliciosamente, tal vez en una sola frase epigramática, varios personajes cuya posición y condiciones fueran muy distintas, igua-

lándolos á todos; pues bien, hasta esto mismo nos proporciona una lección de moral, de caridad, porque deteniéndonos á considerar cómo son nuestras propias personas y las que nos rodean, las diferencias de posición y las circunstancias de cada una, veremos que el historiador ha sido injusto al igualar á sus personajes, que quizás los ha difamado y que, por lo tanto, merecen simpatía y buena voluntad. Esto nos servirá de aviso, y de enseñanza para justipreciar la conducta de nuestros semejantes. La historia es también lo que más ayuda á concebir grandes pensamientos, á considerar lo pasado y lo porvenir, á conocer lo que pueden el genio, el valor, la sabiduría y el entusiasmo como fuerzas que mueven el mundo de los hombres.

Por último, los efectos morales de la historia en quien la estudia son inapreciables, cuando trae á nuestra mente el grandioso espectáculo de las edades pasadas, con sublimes ejemplos de abnegación, heroísmo y nobleza. Entonces comprendemos mejor los deberes del hombre, y en qué consiste la verdadera grandeza humana; formamos más cabal idea del mundo, y nos parece posible el mayor perfeccionamiento de la vida.

Instrucción moral indirecta.—Queda demostrada la posibilidad de que, aun dando pocas lecciones didácticas de moral, se logre unir siempre la enseñanza de ésta á todos los demás ramos de instrucción en la escuela. El maestro tiene que atender á muchas cosas que no puede fijar en los programas ni en el horario de clases; sobre todo, necesita influir convenientemente en el carácter de sus alumnos, y también ha de satisfacer á las justas exigencias de la imaginación del niño, dando alimento á su joven fantasía. Al niño se le debe considerar desde un principio como ser que no sólo tiene deberes que cumplir y trabajo que realizar, sino también vida de qué

gozar y gustos que satisfacer. Por eso, en todas ocasiones se le hará presente la utilidad de los conocimientos, lo que pueden valerle en el mundo, los honores y fortuna que suelen proporcionar; pero además convendrá ayudarle á percibir la hermosura y apreciar el valor de la vida inteligente, por lo que en sí misma es y representa. "La luz del cielo no sólo es preciosa por lo que nos sirve, sino porque merece verse," decía Bacon; y también el saber es precioso no solamente por los servicios que nos presta en las dificultades y trabajos de la vida, sino porque engrandece el alma y la deleita. La escuela deja de satisfacer á su principal objeto, aunque en ella se instruyan los discípulos, cuando no aprenden á desear constantemente la adquisición de nuevos conocimientos, ó siquiera á sentir la necesidad de alguna cultura intelectual.

Por manera que en la escuela idealmente perfecta, á más del orden riguroso, del buen método de instrucción y de la mucha actividad intelectual, debe haber gran elevación de miras, espíritu de trabajo, sentimiento del deber y amor á la verdad. Sepa el maestro, si todo esto le parece imposible de alcanzar, que la primera condición para lograrla es su convencimiento de que puede conseguirse; traiga á su memoria los tiempos en que él iba á la escuela y vea qué recuerdos le ha dejado; preguntese qué recuerdos quiere que á sus discípulos les queden de él y de sus lecciones. Lo que más honda impresión les deje no serán precisamente los asuntos explicados en clase, sino el modo de dirigir la enseñanza, el espíritu que la anime y las muestras de amor á la ciencia, de la cual es el maestro, á los ojos del niño, el principal representante.

Vocación.—En todas las épocas ha sucedido que algunos hombres, sin excluir á los de la más humilde con-

dición social, han sido llamados á participar en la nobilísima obra de iluminar el entendimiento, dirigir la conciencia y reformar la conducta de sus semejantes para mejorar el destino de las futuras generaciones. Pero no todos oímos de igual manera la voz que nos llama; unos la perciben en las circunstancias y en las que parecen ser contingencias de la vida; otros, en la intuición de que tienen aptitud y condiciones especiales; y, finalmente, para otros la vocación es un convencimiento profundo y solemne de la importancia y utilidad del trabajo á que desean dedicarse. Pero, como quiera que sea, la vocación ha de estar en la mente de todo maestro; porque sin ella no realizará nunca lo más principal de su difícil tarea, mientras que si se siente llamado al ejercicio de la enseñanza, sabrá emplear con provecho cuantos medios haya á su alcance; tendrá exacta idea del camino que ha de seguir, y de los altos fines de su profesión; habrá siempre en su espíritu una de las mayores fuerzas que impulsan á la acción, pues durante su trabajo reconocerá, y enseñará á sus discípulos á reconocer, la presencia invisible de un Ser que auxilia á quienes desean aprender y que es el Maestro de todos los verdaderos maestros.

FIN.